

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA AGRICULTURA EN EL ALTOARAGÓN *

Vicente Baldellou Martínez

1. Durante los últimos años, el territorio del Altoaragón ha ido proporcionando importantes datos arqueológicos, los cuales han servido para llenar en parte el vacío total que presentaba la región en cuanto a la presencia de documentos neolíticos. Hasta el momento, ocho son las cuevas en las que han aparecido materiales de la citada época, si bien no todas ellas han podido ser todavía estudiadas de forma satisfactoria. Dichas estaciones son las siguientes: Cueva de Chaves (Bastarás-Casbas de Huesca), Espluga de la Puyascada y Cueva del Forcón (San Juan de Toledo-La Fueva), Cueva de la Miranda (Palo), Abrigo del Huerto Raso (Lecina-Bárcabo), Cueva del Moro (Olvena), Cueva de las Brujas (Juseu-Torres de Juseu) y una de las cavidades del conjunto de Gabasa (Peralta de la Sal).

En la Cueva de Chaves, se han efectuado cinco campañas de excavación, que han consistido en la realización de varios sondeos estratigráficos. En todos ellos se ha identificado un momento de ocupación neolítico, divisible en dos niveles consecutivos: NII b o Neolítico I, con abundantes cerámicas impresas y cardiales y con unas dataciones de radiocarbono de 4.380, 4.510, 4.540, 4.700 y 4.820, todas ellas anteriores a nuestra era; N II a o Neolítico II, en el que se observa una clara disminución de las ornamentaciones de concha y la existencia de algunos elementos más tardíos, como las lengüetas multiforadas o las asas tubulares. Las fechas referidas a esta fase son de 4.170, 4.280, 4.310 y 4.380 a.C.

* Este trabajo fue presentado a un *Coloquio Internacional sobre Neolítico* celebrado en la ciudad francesa de Montpellier en 1983. A la vista de que las actas de la citada reunión no han sido todavía publicadas y ante la posibilidad de que no lleguen a editarse, he creído conveniente su aparición en "Bolskan", una vez efectuadas las correcciones pertinentes para su puesta al día.

En la Espluga de la Puyascada, se distinguió también un rico nivel neolítico, en el que se hallan del todo ausentes las decoraciones cardiales, siendo especialmente abundantes y variadas las impresiones conseguidas mediante otros utensilios. La cronología establecida a través del C_{14} fue de 3.980 y 3.630 a.C.

La Cueva del Forcón es una estación funeraria con materiales neolíticos no cardiales. Desgraciadamente, su depósito se hallaba completamente revuelto cuando procedimos a la excavación, por lo que no ha podido ofrecernos las informaciones que hubiéramos deseado para el conocimiento del rito de inhumación empleado. Las mismas remociones nos hicieron desistir de efectuar análisis de radiocarbono.

La reciente intervención en la Cámara Superior de la Cueva del Moro de Olvena nos ha permitido la localización de un horizonte neolítico con cerámicas impresas, que presentan unos esquemas ornamentales muy parecidos a los cardiales, aunque, al parecer, no fueron conseguidos mediante el uso de conchas. A pesar de que buena parte del depósito se encontraba removido por causa de la acción de clandestinos, algunas zonas intactas del nivel en cuestión dieron lugar a la obtención de una fechación por carbono 14: 4.600 a.C.

La Cueva de la Miranda carece absolutamente de sedimento; los únicos trabajos arqueológicos que se han podido llevar a cabo en la cavidad consistieron en una recogida metódica de objetos, los cuales aparecían desordenadamente entre los cascotes y bloques que configuran el piso del yacimiento. Mezclados a alfarerías que pueden pertenecer a un Bronce inicial, se recuperaron varios fragmentos cerámicos ornados con impresiones, faltando, como en el Forcón y en la Puyascada, los decorados por medio de "cardium". El estado removido del depósito de piedras no permitió la realización de análisis de C_{14} .

El Abrigo del Huerto Raso ha sido estudiado por Ignacio BARANDIARÁN y resultó sumamente pobre en hallazgos; su atribución al Neolítico viene justificada por escasísimos fragmentos de cerámica con decoración impresa no cardinal. Los trabajos llevados a cabo en el yacimiento por el Museo de Huesca en 1986 proporcionaron, asimismo, unos resultados muy poco significativos: la extremada escasez de materiales arqueológicos volvió a ponerse en evidencia y un único pedazo de alfarería con impresiones vino a confirmar su filiación neolítica.

Poco más puede decirse de la Cueva de las Brujas de Juseu o de la Cueva de Gabasa, ambas conocidas tan sólo a través de algunos materiales aislados, sin que se haya trabajado todavía en ellas de una manera metódica y continuada.

Así pues, resulta evidente que la investigación del Neolítico en el Altoaragón se encuentra todavía en sus inicios y que las lagunas de conocimiento siguen siendo más amplias que la información obtenida. Por consiguiente, quisiera dejar claro por adelantado que los comentarios que a continuación voy a exponer no deberán entenderse como conclusiones firmes y seguras, sino como una simple hipótesis de trabajo o

como una teoría que habrá de confirmarse o rechazarse a la luz de los futuros estudios.

Por los datos que estamos en condiciones de barajar, puedo afirmar que las actividades agrícolas no están bien atestiguadas en ninguna de las estaciones enumeradas. Pueden suponerse ciertas prácticas de esta índole a través de algunos pocos molinos de piedra dura, de las hachas pulimentadas, que pudieron usarse como azadas o azuelas, y de algunas piezas foliáceas en sílex con la característica pátina lustrada en uno de sus filos. Sin embargo, la escasez de elementos de este tipo es muy patente y podría revelar, de la misma manera, una agricultura inicial de carácter complementario, que una perduración durante el Neolítico de tradiciones recolectoras ancestrales. Los molinos son raros en Chaves y se ha comprobado que algunos de ellos fueron utilizados para triturar colorantes; están prácticamente ausentes en Olvena, La Puyascada, El Forcón y La Miranda, careciéndose de información al respecto en el Huerto Raso, en Gabasa y en las Brujas, por no haber sido estudiadas estas cuevas con la suficiente amplitud e insistencia.

Por el contrario, los restos óseos fueron abundantes en Chaves, Forcón, Puyascada, Moro y Miranda, si bien en esta última la mezcla de materiales obviaba la posibilidad de discernir a qué momento cronológico concreto debían referirse. El análisis faunístico de los huesos hallados en los cuatro primeros yacimientos ha sido efectuado por D. Pedro M.^a CASTAÑOS UGARTE, habiendo sido publicados hasta la fecha solamente los que atañen a la Cueva de Chaves y al Forcón.

En la Cueva de Chaves, donde tenemos los restos neolíticos más antiguos del Altoaragón, se evidencia ya una notable preponderancia de las especies domésticas sobre los animales salvajes. Los porcentajes son muy significativos, con un 70 % de restos pertenecientes a individuos domesticados frente a un 30 % de elementos cazados, a pesar de la mayor variabilidad de especies identificadas en el segundo grupo. Dentro del primer conjunto, dominan ventajosamente los óvidos y los cápridos, seguidos por los suidos y, en proporción mucho menor, por los bóvidos.

La Espluga de la Puyascada nos muestra una relación de proporcionalidad más acusada todavía, con una actividad pastoril más enraizada y de mayor entidad; quizás ello sea consecuencia de su cronología, algo más tardía. Las variedades domésticas encabezan el esquema porcentual, con un 95 %, quedando reducidas las salvajes a un 5 %, con la salvedad con respecto a Chaves de que estas últimas corresponden a dos únicas especies: el ciervo y el corzo. Entre las primeras, destacan los óvidos y los cápridos, seguidos a mucha distancia por los bóvidos y suidos.

En la Cueva del Forcón, la clasificación de los restos óseos no humanos pone igualmente en evidencia un considerable predominio de los animales domésticos (80 %) sobre los de origen silvestre (20 %), representando asimismo el grupo ovis-capra el lote más importante dentro de las especies identificadas.

2. Ya he indicado varias veces en trabajos anteriores las especiales características físicas que el territorio del Altoaragón encierra en su seno. Es realmente notable el fuerte dualismo que puede percibirse entre las mitades septentrional y meridional de la provincia. Las tierras del norte, con la cadena pirenaica fronteriza y las formaciones que constituyen los prepirineos interior y exterior, son particularmente abruptas y reciben la denominación genérica de "montaña". A mediodía, el relieve es mucho más suave y abundan los horizontes abiertos, por lo que se conoce a la región con el nombre de "tierra baja" o "tierra llana". Ambas unidades ofrecen sus peculiaridades específicas de tipo lito-geológico, climatológico y orográfico, variando fundamentalmente los recursos naturales y su forma de explotación concreta.

Ahora bien, estas particularidades rebasan ampliamente el plano geográfico para incidir en aspectos mucho más variados, como podrían ser los de índole económica, social, de hábitat, lingüística, costumbrista e incluso humana. Tal dimorfismo, patente todavía en la actualidad, parece hundir sus raíces en la Prehistoria, durante la cual llano y montaña conocerían un desarrollo y evolución hasta cierto punto independientes, turnándose sucesivamente en la supremacía cultural según los caracteres propios de cada fase.

Después de las continuadas y sistemáticas labores de prospección que en estos últimos tiempos se han venido efectuando en la región altoaragonesa, hay un hecho que salta a la vista: todos los yacimientos neolíticos oscenses se ubican en las comarcas montañosas, a la vez que la "tierra baja" queda absolutamente en blanco en cuanto a la existencia de estaciones de dicha época. Aunque esta circunstancia presenta sus riesgos si queremos utilizarla categóricamente —ya que se trata de un dato negativo—, quiero hacer notar que las acciones prospectoras se han llevado a cabo, con la misma intensidad y frecuencia, tanto en las comarcas altas como en las bajas, pero los resultados han sido completamente distintos.

Si hay que buscar una razón que explique tal dicotomía, opino que lo estudiado hasta ahora nos permite dejar de lado factores abstractos, como la casualidad o el azar, para apuntar hacia posibilidades de otra índole. Creo que la diferenciación corresponde fundamentalmente a unas conductas económicas diversas.

Cierto es que en demasiadas ocasiones se ha querido generalizar excesivamente, al considerar que la agricultura sólo podía desenvolverse satisfactoriamente en contextos ambientales determinados que la favoreciesen de un modo especial. Hay que matizar la idea actual de agricultura y reconocer que, en los sectores abruptos y con escasas superficies roturables, también podrían haberse practicado cultivos con la suficiente entidad como para colaborar eficazmente en la dieta alimentaria de las comunidades primitivas. No obstante, también hay que suponer que las sociedades cuya economía se basaba esencialmente en las labores agrícolas buscarían otros terrenos más apropiados y que les ocasionasen menos dificultades.

Como he apuntado más arriba, parece que los grupos humanos del Neolítico altoaragonés se servían preferentemente de la ganadería para garantizar su sustento. La agricultura, escasamente documentada, no parece que se practicara con el volumen necesario para convertirse en un factor económico básico. Por el contrario, a la luz de las informaciones disponibles, todo parece indicar que la “tierra baja” no conocerá una ocupación humana digna de tenerse en cuenta hasta que empiecen a explotarse sus excelentes posibilidades agrícolas, es decir, hasta que el cultivo de cereales no se convierta en un recurso generalizado en el área geográfica que le es propia.

3. Así pues, ya durante el Eneolítico o Calcolítico —probablemente, en un estadio avanzado— se empiezan a instalar en las llanadas meridionales altoaragonesas pequeños asentamientos humanos cuya principal fuente de alimentación está representada por la agricultura. Aunque la cantidad de yacimientos que se conoce es todavía muy escasa, nos sirven por vez primera como testimonio de una práctica económica muy poco documentada hasta entonces.

Se trata de poblados de reducidas dimensiones, seguramente levantados con materiales putrescibles y perecederos, que nos han dejado poquísimos restos estructurales. Se localizan en llano y carecen de elementos defensivos; todo ello hace enormemente difícil su descubrimiento y puede determinar lo limitado de su número. En los yacimientos de Gabarda (Usón), El Villar (Lalueza), Peña del Agua (Curbe) y El Portillo (Piracés), se ha recogido una buena cantidad de molinos y varias piezas de hoz que atestiguan una evidente actividad agrícola.

A la hora de redactar estas líneas, solamente se ha trabajado con cierta insistencia en el poblado de El Portillo de Piracés, hallándose en curso de estudio el de La Peña del Agua de Curbe. Las otras dos estaciones se conocen únicamente a través de prospecciones superficiales.

El Portillo se asienta en un lugar que ha sufrido intensamente los efectos de la erosión por agua, de manera que la superficie del yacimiento ha sido lavada casi en su totalidad. Los únicos elementos constructivos conservados son los hogares hechos de piedra arenisca, sin que hasta el momento hayan aparecido agujeros de postes, ni ningún otro indicio que nos permita conocer la forma y distribución de las posibles cabañas. Los materiales arqueológicos no son abundantes, pero sí muy típicos, con un botón piramidal con perforación en V, algunas hojas de hoz, una punta de flecha con aletas incipientes y con retoque plano bifacial envolvente, cerámica con decoración incisa de tipo campaniforme y fragmentos con perforaciones circulares pertenecientes a una vasija de las llamadas “queseras”. En toda la extensión del poblado, son frecuentes las piedras de molino, todas ellas de procedencia foránea, pues la roca natural de la zona es la arenisca; el granito es el material más utilizado.

El poblado de la Peña del Agua presenta un mobiliario muy parecido, con hojas de hoz, abundantes molinos, puntas de retoque plano envol-

vente y cerámicas con ornamentaciones incisas de tipo campaniforme. De esta última clase de alfarería no se ha recogido todavía ningún fragmento en Gabarda o en El Villar, si bien hay que tener en cuenta, como he señalado antes, que ambas estaciones no han sido estudiadas todavía de forma sistemática.

Tanto en El Portillo como en Peña del Agua hay que remarcar un hecho: los restos óseos, aunque presentes, significan, dentro del conjunto total de materiales recuperados, un tanto por ciento claramente inferior (20 %) al que correspondía a las cuevas neolíticas citadas al principio, cuyos porcentajes no bajaban nunca del 50 %.

En resumen, hay que afirmar que las diferencias que pueden establecerse entre estas estaciones calcolíticas y las neolíticas a que hemos aludido no se reducen a las dictadas por su cronología. Son dos modos de vida esencialmente diversos, con las consiguientes variaciones que se producirían sobre los conceptos de hábitat y de relaciones socio-económicas.

4. ¿Qué ocurre durante el Calcolítico e inicios de la Edad del Bronce en los lugares de habitación de la "montaña"? El panorama es radicalmente otro: las cuevas se siguen viendo ocupadas y parece que los cambios producidos en la "tierra baja" no tienen su reflejo en las sociedades que habitaban las comarcas septentrionales. Los grupos montaraces continuarían posiblemente con sus modos de conducta tradicionales y las modificaciones sufridas se limitarían a la adopción de elementos materiales distintos, que se intercalarán en su cultura ancestral sin denotar un rompimiento profundo con los tiempos pasados.

Como ejemplo, puede servir la ya citada Espluga de la Puyascada: en una de las catas abiertas, sobre el nivel perteneciente al Neolítico, descansaba un potente estrato (E1b) con materiales arqueológicos muy pobres, poco expresivos y de difícil clasificación, casi todos ellos fragmentos de cerámica lisa y de factura muy grosera. Sin embargo, en esta capa se recuperaron tres pequeños fragmentos, con ornamentación puntillada que recuerda las decoraciones campaniformes. Pese a su indudable carácter atípico, creo que tales fragmentos poseen los suficientes rasgos específicos como para poder ser incluidos dentro de las producciones alfareras del tipo citado.

Una cuestión a señalar: pese al fuerte cambio que se ha hecho patente en lo mobiliario, las actividades económicas siguen siendo las mismas que durante el Neolítico; no hay ningún elemento que revele un conocimiento de las prácticas agrícolas, mientras que los restos óseos ponen de manifiesto un predominio total de los individuos domésticos (88 %), en detrimento de los ejemplares salvajes (12 %). La equivalencia porcentual es muy parecida a la señalada en el momento de habitación neolítico, paralelismo que se observa también respecto a las especies domésticas señaladas, con unas concomitancias realmente notables: 58,6 % para los óvidos y cápridos (61,5 % en el Neolítico), 22,4 % para los bó-

vidos (21,7 %) y 6,9 % para los suidos (11,7 %). Hay que reconocer que las formas de vida propias de ambas fases no habían sufrido modificaciones.

He expuesto antes que los pequeños poblados calcolíticos de la "tierra baja" y las cuevas de habitación neolíticas de la mitad septentrional encierran, aparte de las diferencias cronológicas, dos concepciones de vida completamente distintas. No obstante, tal dimorfismo se produce también entre estaciones cronológicamente mucho más próximas, como acabamos de comprobar en El Portillo de Piracés y en el Elb de la Espluga de la Puyascada y como puede atestigüarse del mismo modo en algunos otros yacimientos de la zona montañosa.

En efecto, en la Cueva de Chaves se identificó un nivel de ocupación del Bronce inicial, el cual se superponía a los estratos Neolíticos en la mayoría de las catas efectuadas. En dicho nivel, aparecieron aún menos testimonios de actividad agrícola que en las capas subyacentes, mientras que la frecuencia de hallazgos óseos dentro del total de restos recuperados seguía siendo tan considerable como durante el Neolítico. Además, en el análisis faunístico de los huesos aparecidos, puede comprobarse que la relación porcentual entre animales domésticos y animales salvajes se mantiene exactamente igual que en los niveles neolíticos, es decir, en un 70 % para los primeros y en un 30 % para los últimos. La evolución entre el Neolítico y la Edad del Bronce se había producido exclusivamente en cuanto a los materiales arqueológicos, sin afectar en absoluto las prácticas económicas de los habitantes de Chaves en las dos fases prehistóricas.

La Cueva del Moro de Olvena es una estación conocida ya de antiguo, cuyo depósito arqueológico se ha visto desgraciadamente muy deteriorado por causa de las continuas remociones llevadas a cabo en el mismo por parte de numerosos excavadores clandestinos. En estos últimos años, se ha trabajado sistemáticamente en la cavidad, en un sector parcialmente intacto, donde se ha señalado un rico nivel de habitación fechable en los mismos inicios de la Edad del Bronce, seguramente en una época inmediatamente post-campaniforme. Del mismo lugar en que actualmente se trabaja, proceden dos fragmentos incisos de tipo campaniforme, pero con algunos elementos ornamentales anómalos en la alfarería de tal índole, los cuales parecen indicar una cronología más bien tardía. Ambos fragmentos aparecieron en tierras revueltas y no puede atribuírseles un contexto arqueológico determinado, aunque personalmente opino que podrían encajar perfectamente en el panorama material propio del nivel del Bronce inicial.

La cronología de este horizonte cultural de la Cueva del Moro, establecida en el 1580 a.C., no debe encontrarse demasiado alejada (si acaso sería algo posterior) de la de los poblados de El Portillo y de la Peña del Agua, cuyos ejemplares campaniformes muestran evidentes rasgos de su relativa modernidad. Ahora bien, poco tienen que ver si atendemos a otros factores, que atañen, incluso, a los materiales arqueológi-

cos. En el Moro, la agricultura está escasamente documentada, gracias a la presencia de unos pocos fragmentos de molinos, mientras que abundan por el contrario los restos óseos. Aunque la clasificación de los mismos se encuentra todavía en curso de estudio, la impresión primera que de ellos puede sacarse no difiere demasiado de lo visto en los yacimientos en cueva ya mencionados.

En síntesis, cabe pensar que las bases económicas sentadas en las estaciones neolíticas perviven en la "montaña" durante el Calcolítico y durante los inicios de la Edad del Bronce, cuando en la "tierra baja" hay ya asentamientos de carácter agrícola que pueden considerarse como un embrión de la masiva ocupación humana de las regiones meridionales que tendrá lugar en la plena Edad del Bronce. Parece ser que la zona montañosa no llega nunca a poseer una economía fundamentada esencialmente en la agricultura, sino que se mantiene aferrada a sus tradiciones pastoriles, mientras que, en el llano, son las actividades agrícolas las que prevalecen y conocerán un inusitado desarrollo durante la Edad del Bronce y primera Edad del Hierro. La profusión de poblados de ambas épocas en las comarcas sureñas, deja traslucir un importante aumento de la densidad de población y una amplia explotación de sus recursos agrícolas.

5. El dualismo entre "montaña" y "tierra baja" al que hacía referencia más arriba tiene, en consecuencia, un origen remoto, sustentado por dos formas de conducta económica claramente diferenciadas entre sí y que determinan el tipo de asentamientos humanos en uno y otro territorio. Si aceptamos que la "tierra baja" contiene los ejemplos más antiguos del Altoaragón en cuanto a comunidades agricultoras, deberemos también admitir que el conocimiento de tal práctica económica (como base alimentaria prioritaria) penetra en las tierras oscenses en un momento bastante tardío dentro de la Prehistoria. Aunque carecemos de datos suficientes para establecer conclusiones sólidas al respecto, la documentación actual permite ciertas elucubraciones que pueden resultar interesantes y que deberán tenerse en cuenta en las sucesivas investigaciones.

Para continuar con el hilo que hemos seguido con anterioridad, podemos elegir de nuevo como modelo los dos yacimientos de El Portillo y La Puyascada. Ambos lugares tienen en común la presencia de cerámicas de tipo campaniforme, pero también presentan múltiples características diferenciadoras. La segunda estación nos ofrece un horizonte material sumamente pobre, con tres únicos fragmentos clasificables —no sin algunas dudas— como pertenecientes al citado marco cultural. La propia escasez de restos alfareros de tal índole podría indicarnos un posible carácter intruso de los mismos, los cuales se insertarían en un contexto indígena sin significar una transformación en ningún otro sentido. Esta suposición se abonaría a través de la falta absoluta de otros objetos arqueológicos que acompañan frecuentemente a la cerámica campaniforme y que constituyen el conjunto mobiliario definidor de lo que

se ha denominado —quizá arriesgadamente— la *civilización del vaso campaniforme*. En la Espluga de la Puyascada, la existencia de los mentados fragmentos no reflejaría su pertenencia a un círculo cultural en el amplio sentido del término, sino sencillamente la adopción de una simple técnica decorativa o de una moda alfarera.

Es normal que el vaso campaniforme agrupe a su alrededor toda una serie de materiales con los que aparece asociado en un elevado tanto por ciento de yacimientos, por lo que éstos han pasado a considerarse también como elementos típicos de esta cultura, aunque puedan igualmente encontrarse aislados; me refiero a las puntas de flecha con retoque escamoso, las piezas foliáceas, brazaletes de arquero, botones con perforación en V, primeros instrumentos metálicos, hojas de hoz y “queseras” o “coladores”. Todos ellos son elementos no estrictamente campaniformes, pero que están presentes en casi todos los yacimientos típicos. Es decir, parece que existe un contexto cultural campaniforme que permite calificar a una estación como característica de esta fase prehistórica.

Tal sería el caso de El Portillo de Piracés, con hallazgos poco numerosos y, sin embargo, muy expresivos: decoraciones incisas de tipo campaniforme, punta de flecha con retoque plano bifacial, botón con perforación en V, piezas de hoz y fragmentos de “quesera”. El Portillo representaría, pues, un asentamiento campaniforme típico, mientras que La Puyascada nos ofrece un contenido marcadamente indígena, con aportaciones de procedencia extraña. Quizás la aseveración efectuada por SANTOS GONÇALVES pueda aplicarse satisfactoriamente a esta realidad, cuando distingue entre fabricantes y “tenedores” de campaniforme, o, dicho de otro modo, entre yacimientos campaniformes y yacimientos con campaniforme.

Como ya he reiterado con insistencia más arriba, otra diferenciación básica entre ambos asentamientos viene dada por su conducta económica específica. En La Puyascada habitaría un grupo humano montaraz, eminentemente ganadero, que en un momento dado adquiere o imita unas determinadas corrientes alfareras sin desligarse de sus tradiciones ancestrales, mientras que El Portillo se define como un asentamiento nuevo, con una economía de cultivo que también representa una novedad, por aquel entonces, en las tierras altoaragonesas.

La pregunta surge casi de manera natural: ¿guarda alguna relación el vaso campaniforme con la introducción de la agricultura en el Altoaragón? La verdad es que no estoy en condiciones de encontrar una respuesta categórica a la cuestión, pues la visión que poseemos es aún excesivamente limitada, pero hay que reconocer que, como hipótesis, resulta tentadora.

Sólo señalaré, finalmente, que un yacimiento típicamente campaniforme como El Portillo de Piracés está íntimamente unido a la explotación agrícola, lo que no ocurre en La Espluga de la Puyascada, con unas prácticas pastoriles ya constatadas en los niveles neolíticos y con cerámica campaniforme muy minoritaria y hasta, posiblemente, intrusa.

6. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

- BALDELLOU, V., *Excavaciones en la Cueva de Chaves (Bastarás, Huesca)*, en *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975 (Zaragoza, 1976).
- BALDELLOU, V., *El Neo-Eneolítico altoaragonés*, en *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, 1981.
- BALDELLOU, V., *La Prehistoria de Huesca: rasgos generales*, en *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, 1981.
- BALDELLOU, V., *El Neolítico de la cerámica impresa en el Alto Aragón*, en *Le Néolithique ancien méditerranéen, Actes du Colloque International de Pré-histoire* (Montpellier, 1981), Montpellier, 1982.
- BALDELLOU, V., *El Neolítico en el Alto Aragón*, en *Homenaje a Conchita Fernández-Chicarro*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.
- BALDELLOU, V., *Estado actual de la Prehistoria en el Alto Aragón: aspectos generales*, en *IV Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 1982.
- BALDELLOU, V., *La Cueva del Forcón (La Fueva-Huesca)*, "Bolskan", 1 (Huesca, 1985).
- BALDELLOU, V., *Avance al Estudio de la Espluga de la Puyascada*, "Bolskan", 4 (Huesca, 1987).
- BALDELLOU, V. y BARRIL, M., *Los materiales de la Cueva de la Miranda en el Museo de Huesca*, "Pyrenae", 17-18 (Barcelona, 1981-1982).
- BALDELLOU, V.; CASTÁN, A.; CASTAÑOS, P. M.^a; CAVA, A.; MAYA, J. L., *La Cueva de Chaves en Bastarás*, "Bolskan", 1 (Huesca, 1985).
- BALDELLOU, V.; UTRILLA, P., *Nuevas dataciones de radiocarbono en la Prehistoria oscense*, "Trabajos de Prehistoria", 42 (Madrid, 1985).
- BALDELLOU, V. y MORENO, G., *El hábitat campaniforme en el Alto Aragón*, "Bolskan", 3 (Huesca, 1987).
- BARANDIARÁN, I., *Materiales arqueológicos del Covacho del Huerto Raso*, "Zephyrus", XXXVI-XXXVII (Salamanca, 1976).
- BERGES, M. y SOLANILLA, F., *La Cueva del Moro de Olvena, Huesca*, "Ampurias", XXVIII (Barcelona, 1966).
- GUILAINE, J., *La Civilisation du vase campaniforme dans les Pyrénées françaises*, Carcassonne, 1967.
- SANTOS GONÇALVES, V., *O Castro da Rotura e o vase campaniforme*, Setubal, 1971.